



# EL TEMA DE LA ANGUSTIA EN EUGENIO GONZALEZ

Eugenio González Rojas, nacido en Santiago de Chile en el curso de 1903 y titulado profesor en el Instituto Pedagógico en 1928, comenzó a figurar con relieves propios en el grupo o promoción de escritores que afloraba con la publicación de la revista *Índice*. En el primer número de ésta, de fecha abril de 1930, el grupo aparecía encabezado por Mariano Picón Salas, Raúl Silva Castro, Ricardo A. Latcham, Eugenio González y José Manuel Sánchez, para darles la misma colocación que allí presentan, y estos escritores invitaron a secundarles en la iniciativa a sus amigos, dispersos en diferentes rincones del país, a fin de abrir exposiciones, propiciar conferencias y cursos, publicar libros y folletos y dar, en fin, a la publicidad la revista *Índice*. No todas estas ambiciosas obras se cumplieron, como siempre ocurre en estos movimientos, auspiciados más por el ardor de la juventud que por la experiencia, y al cabo de algún tiempo no se oyó hablar más de *Índice*. Pero ya que se trata de Eugenio González, cabe recordar, una vez más, que su obra de ensayista sobre temas literarios y filosóficos, no reunida en libro, ha de buscarse de preferencia en las páginas de esa revista juvenil, en que con tanto empeño nos embarcamos unos cuantos amigos, así como en *Atenea*, donde colaboró después.

Volviendo a su biografía, cabe agregar que ha sido profesor en el Liceo Miguel Luis Amunátegui y en el Internado Barros Arana, ambos establecimientos de segunda enseñanza, y que fue Ministro de Educación Pública, por corto tiempo, como miembro del equipo socialista que se hizo cargo del poder en condiciones de muy precaria estabilidad institucional, en el curso de 1932. Prestó servicios al gobierno de Venezuela desde 1939 hasta 1941, contratado para colaborar en la organización del Instituto Pedagógico de Caracas, y al término de esta honrosa comisión volvió a Chile a proseguir su labor docente. En años siguientes se le vio elegido senador por Santiago, en un período que terminó en 1957, y es actualmente director del mismo Instituto Pedagógico en el cual fue, años antes, alumno y después profesor de larga y sostenida carrera.

Si se considera la existencia de González tal como la hemos esquematizado en este esbozo de biografía y reducida a cifras anuales, tendríamos que su obra literaria corre más o menos desde 1930 hasta 1942, y que desde entonces aparece interrumpida. Esta circunstancia nos permite, en fin, abarcarla en conjunto, por lo menos en el aspecto novelesco, para señalar en ella las notas esenciales. Tal es el único objeto de este ensayo.

Eugenio González es autor de *Más afuera* (1930), que apareció catalogada por su autor como novela, si bien contiene en realidad no pocas escenas autobiográficas.

Poco después, González publicaba *Hombres* (1935), novela en la que nos ofrece personajes vivos ligeramente disfrazados para la exposición novelesca. En *Hombres* no hay solución para todos los conflictos que plantea el novelista pero la eficacia del relato para seguir por dentro los ajetreos de quienes deseaban producir el trastorno de la organización social contemporánea de Chile, es innegable.

Siguiendo su carrera de escritor, González publicó en seguida *Destinos* (1940), conjunto de seis cuentos o novelas cortas, sistemáticamente dispuestos para mostrar imágenes de gente de clase media de insatisfechos, de seres que buscan algo sin saber bien de qué se trata, y que, por eso mismo, generalmente no aciertan ni en los medios ni en el fin. Del conjunto de *Destinos* se desprende un vaho algo siniestro, y ello nos acerca a la última

producción de González, donde, a nuestro parecer, culmina su manera novelística al señalar, como clave de una conducta desbaratada la angustia.

Nos referimos a *Noche* novela con la cual en 1942 se cierra, hasta hoy, la producción literaria de Eugenio González. Pero *Noche* como podrá verse en seguida merece un análisis más detenido que las anteriores producciones del autor, por los temas a que acude y por la intensidad de las preguntas psicológicas que se formulan al leer sus páginas.

Los personajes de *Noche* son muy contados, y quienes interesan para la peripecia de la novela misma son sólo dos. Aura y Alfredo. Dentro del desarrollo de la obra alcanzan a cobrar importancia por algunos momentos. Agustina, madre de Aura, ocasional amante de Alfredo, y el capitán Alvarez. Este último despierta los celos de Alfredo, debido a chismes pueblerinos, y viene a figurar primero como fantasma adecuado sólo para despertar las dudas y las sospechas de aquél, después como ser de carne y hueso en una entrevista fugacísima, y finalmente, otra vez como fantasma, cuando, al final de la obra, en Alfredo se desencadenan el delirio y la locura. La expresión *noche*, que sirve de título al libro, define en realidad su contenido, por lo menos en parte, y que algunas de las escenas más decisivas ocurren dentro de la sombra nocturna, siendo la más expresiva de éstas la noche en que Aura y Agustina, su madre, se descubren, recíprocamente su secreto, se comprenden y se retira cada una a su sitio. Aura, en fin, contrae matrimonio con Alfredo y ambos se alejan del poblacho en que se conocieron.

Lo que llama la atención en este libro, de modo preferente, es el vasto repertorio de los motivos de tristeza y de congoja que se presentan al protagonista para atezar su conciencia. Hay, desde luego, cierto nihilismo implícito en todo el relato, al cual se abre paso muy al comienzo de la novela:

Cursaba Narvárez, el último año de Medicina; pronto obtendría también su título profesional. Talentoso y entusiasta, tendría una carrera brillante. El, en cambio, no pasaría de una discreta mediocridad. El resultado final sería el mismo: la vejez, la muerte, el olvido. No valía la pena, realmente, esforzarse por nada. (P. 30).

Este nihilismo queda olvidado en el camino que sigue la novela hasta su término, ya que en definitiva lo que la embarga es la pasión de los celos; pero la impresión que alcanza a subrayar en el lector es suficiente. En el mismo corte aparecen caracterizados algunos de los más importantes motivos sentimentales de la existencia. Agustina, por ejemplo, va a verse con Alfredo, transitoriamente enfermo, y cae en sus brazos y se le entrega. Alfredo recapacita en lo ocurrido:

Ahí estaba, una vez más, el gran engaño, humildemente patético, de los seres que se juntan en busca de lo que nadie puede dar a otro, de lo que sólo existe en el fondo de cada uno. Cuanto la vida puede dar es un reflejo del alma sobre la vida. Pero ¿quién ha vislumbrado siquiera el misterio de su alma? Como todos los amantes, Agustina y Alfredo seguían monologando en la soledad. (P. 50).

Esta vez se trata de que aquellos dos seres se han unido impulsados por la misteriosa inclinación del sexo, sin amor; más adelante, cuando Alfredo ame de veras a Aura, compartirá por algunos instantes su espíritu y no tendrá motivos para señalar el aislamiento. Pero va a volver a él. Aura y Alfredo, ya casados, emprenden viaje a la capital; cuando se hallan en la casa de huéspedes, instalándose, Alfredo observa a su mujer:

Por un resquicio de los párpados, la observaba ir y venir por la pieza, con aire de cansancio y de melancolía. Y él pensaba, pensaba, sin encontrar el modo de romper la tensión con naturalidad. Por delante, se extendían horas, días, años en que estarían juntos, cada uno rumiando su desesperación sin que el otro pudiera hacer nada por evitarla. (P. 204).

Y cuando Alfredo, ya francamente dominado por el delirio, vela insomne, nuevamente aflora el convencimiento de que, aislados, los hombres no logran comunicarse ni, por lo tanto, entenderse:

La noche había borrado las cosas, sus propios cuerpos. Sólo el cuadrado de la ventana recortaba en la tiniebla una mancha de cielo extrañamente lívida. Estaban muy juntos y, sin embargo, separados por inconmensurable distancia. Nunca podrían revelarse el uno al otro, ni aunque enloquecidos de sinceridad se lo propusieran. ¿Cómo expresar lo que está más allá de las palabras, de los gestos, de las miradas, lo que es y deja de ser a cada instante, en el huidizo misterio del tiempo? De la honda vibración de la ternura sale el arrebatado del rencor. . . (P. 228).

Y entonces, tratando de hallar el lector el sendero que le conduzca a dominar la personalidad de Alfredo, que con tan inquietantes facetas acierta a presentar el autor, llegase a concluir que con *Noche* éste ha escrito lisa y llanamente la novela de la angustia. En las páginas de la novela hemos ido contando las veces que aparece mentada esta palabra, y establecido con verdadera estupefacción que hay no menos de veinticuatro menciones. Nos apresuramos a señalar que no todas ellas son significativas, y que no siempre se reproduce con la palabra angustia el estado de ánimo propio y exclusivo de Alfredo; pero aún así, descontando algunas menciones, siempre quedan muchas como para hacer ya, aproximadamente por lo menos, el diagnóstico que estábamos esperando. Alfredo sufre la vaga y general angustia de vivir, y ella se le manifiesta en concretas y precisas angustias como repercusión ante determinados actos de la vida, hasta que, cobrando fueros exclusivos, se le hace presente la tenaz angustia de los celos, que no logra expulsar y que, en definitiva, lo sumerge en la inconciencia de la locura. Y efectivamente, al comienzo se menciona, en general, "la cotidiana angustia" (P. 13) que lleva a los seres a tomar resoluciones; o es Alfredo, que busca algún cambio en su vida, quien "sentía, como nunca antes, la angustia de su destino siempre igual" (P. 29) precisada, algo después en "la angustia del porvenir" (P. 86).

Respetamos la forma original. Es evidente que se trata de error de impresión por "inmensurable".

Ofrecemos a continuación parte del artículo "El Tema de la Angustia en Eugenio González" de don Raúl Silva Castro. Este trabajo apareció publicado en el volumen número 6 de la Revista "Cuadernos Americanos" (México 1959). En él se analiza parte del quehacer literario, que constituyó una de las múltiples facetas de la fecunda vida intelectual del recientemente fallecido ex Rector de la Universidad de Chile.

Alfredo oye conversar a un compañero oficioso con angustia (P. 114), la cual "se transformaba en una especie de resignada quietud". Lo que aquél le cuenta es el chisme trivial con que se procura convertir a Aura en mujer de aventuras, que ha tenido amantes; y Alfredo, aunque no está enamorado de ella todavía, la siente como inquietadora presencia. Y entonces, mientras oye el chisme y, después, cuando recapacita en él, surge dominante el tema de la angustia:

¿El odio? ¿El amor? Palabras inútiles ambas, que en su convencional rigidez no corresponden a nada de lo que sucede en las almas y en la vida. Misterios, por todas partes, misterios. Dentro y fuera. Y como única realidad concreta y profunda, la angustia de sentirse vivir y morir en el ritmo arcano del tiempo, divina sustancia nuestra, de la que las cosas y los seres y los sueños son ondas leves, acaso sin sentido. Nadie puede conocerse a sí mismo porque nada permanece. Alfredo comprendía la inutilidad de su búsqueda, pero se obstinaba en ella, embriagándose morbosamente en la angustia de su fracaso. (P. 128-9).

Cuando Aura le anuncia que se va a entregar a él, Alfredo sonríe, "a pesar de su angustia secreta, sin saber por qué" (P. 150). Y entonces, desde que ella se convierte en su amante y después, cuando pasa a ser su esposa, aquella angustia vaga, cósmica, se traslada en pleno a la relación conyugal y adquiere otro nombre y otra connotación: los celos, "la angustia del pasado" (P. 154). Anhela que ella, en los arrebatos de la pasión, pronuncie el nombre de algunos de sus anteriores amantes, para conocer "el vértigo de la angustia" (P. 221) y cuando comienza a dominarle la locura, exasperado por la solicitud de su esposa, sale a vagar:

Hasta entrada la noche caminó por la carretera sin lograr calmarse. La permanencia en el liceo se le iba a tornar insostenible. Pensaba con angustia en el porvenir. (P. 223).

En las páginas finales, todas las referencias a la angustia quedan prendidas al morbosísimo proceso de los celos que se adueñan de la mente de Alfredo, la nublan y la hunden en la vesania. Durmiendo junto a su mujer, la imagina tendida junto al amante de ayer, y esta visión "le produjo tan punzante angustia que no alcanzó a detener el grito..." (P. 248). Es de noche, Alfredo vela en el insomnio y comienza a soñar, sin saber bien si está dormido o despierto, todo lo que pudo ocurrir y, sobre todo, la solución que él mismo podrá brindar a su problema:

Más y más se hundía en la corriente del sueño, pero mantenía en lo profundo la noción de su estado, así como en el transcurso de la vigilia, aunque solía vivir de preferencia en sus imágenes, conservaba, por debajo de ellas, un nexo sin ruptura con las cosas. No quería despertar hasta el día siguiente, cuando la luz regresara. Mientras tanto exprimía su angustia como si fuera enemigo de sí mismo. (P. 249).

Aquella noche final es larga, obsesionante; el tema de los celos domina cada vez más a fondo el pensamiento de Alfredo, que en el duermevela de su inquietud pasa a la vesania; y entonces, he aquí las frases finales de la novela:

Ahora anhelaba despertar y no podía conseguirlo: tendría que llegar a lo alto para que el sueño terminara. Por todas partes lo envolvía silenciosamente la inmensidad nocturna; pero él continuó su marcha hasta que, ahogado de súbito en una angustia de pesadilla, resbaló hacia el abismo. (P. 253-4).

Debe notarse, a propósito, que la angustia que comienza en el cerebro y es, al principio, una inquietud, cierta desazón, algún desencanto efímero de la vida, tenaz aunque superficial anhelo de vivir en la soledad, falta de simpatía a los demás hombres, desdén de los valores convencionales, termina por instalarse en la región visceral y producir actos somáticos de acusado relieve: la intención de matar a Aura, por ejemplo, cuando Alfredo entre despierto y dormido reconstituye con salacidad la escena de los amorfos que existieron antes en la vida de ella.

Por eso, pues, nos atrevemos a señalar el motivo de la angustia en esta novela, como felicísima introspección en el alma de un personaje creado cuanto se quiera por la intuición del novelista, pero acaso observado también en la realidad de la existencia. Nadie puede pretender que el libro sea autobiográfico, pero debe señalarse, como significativo rasgo de contacto con la vida ambiente, el hecho de que el protagonista aparezca, primero, de estudiante de pedagogía en la capital, después titulado profesor y en seguida en el ejercicio de su cátedra en un liceo de provincia. Estos rasgos han sido observados por el autor, que es efectivamente profesor como ya decíamos. Debe suponerse, en fin, sin hacer agravio a nadie, que los personajes de Noche han existido en Chile y dieron tema, siquiera en parte, al novelista para la reconstrucción que de ellos intenta en su obra.

Rubén Darío (1867-1916) es aceptado generalmente como poeta decorativo, de escenas galantes, muy erudito y movido más por la música verbal que por la mirada en profundidad hacia el alma del hombre, y sin embargo es también autor de los versos que dicen:

Dicho el árbol que es apenas sensitivo  
y más la piedra dura, porque esa ya no siente,  
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo  
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

(Lo fatal).

Y un poeta chileno, esto es, conciudadano de Eugenio González, Carlos Pezoa Véliz (1879-1908), sintetiza admirablemente el tema de la angustia en unos pocos versos de su *Tarde en el Hospital*:

Y entonces, muerto de angustia,  
ante el panorama inmenso,  
mientras cae el agua mustia,  
pienso.

Estas dos expresiones poéticas, aunque fragmentarias, nos acercan vivamente al tema de la angustia en González, y en cierto modo lo ilumina. ¿A qué quiso apuntar el novelista chileno en su insólita producción? El dolor de ser vivo, a cada instante asoma en su novela, y casi podría decirse que no hay página en la cual no se le patentice en una forma o en otra. González no se ha detenido a decirnos que entiende que su personaje dis-

fruta de una sensibilidad demasiado fina, y por ello le pasan las cosas que le pasan; todo lo contrario; lo da por establecido, lo pinta como ser en todo normal, y aún, trivial, fruto legítimo del ambiente, y como si éste hubiera necesariamente de producir seres así y no de otra laya. Dicho de otro modo: el dolor de ser vivo es una realidad subyacente en Noche, y si no se hace sensible a todos sus personajes, en uno por lo menos alcanza su culminación, en Alfredo, que se aproxima a la locura y se hunde en ella, arrebatado por la angustia.

En los versos de Pezoa Véliz podemos entender que como fueron concebidos en un hospital, cuando el poeta yacía inmóvil por una reciente operación quirúrgica y sentía debilidad física, efecto inmediato de aquella y de la convalecencia, de la expresión de angustia en que rebosan debemos retacear algo; si el poeta exageró, toca a los que no somos poetas reducir su exageración a las medidas usuales y cotidianas. Pero debe notarse que en la actitud de Pezoa Véliz hay dos momentos sucesivos, el primero es la comprobación de la angustia, y el segundo la reflexión: el poeta piensa cómo consecuencia de haberse sentido angustiado. La angustia de Pezoa Véliz, en suma, por fuerte que la imaginemos, no es tanta como para impedirle pensar. Movido de la angustia no gime, ni llora ni grita: sencillamente piensa.

En el personaje central de Noche, en cambio, la angustia cósmica, el dolor de ser vivo (para decirlo con el verso de Darío), da paso a una particular y enconadísima angustia, la de los celos, y ésta aparece descrita tan fuerte, tan intensa, que a ese personaje no sólo le lleva a cometer actos demenciales, perturbadores en su relación cotidiana con colegas y amigos, sino que inclusive le sumerge en la locura.

Para evitar equívocas, y ya que la expresión angustia tiene amplio curso en la literatura existencialista, me anticipo a decir que nada se sugiere aquí sobre las posibles relaciones de Sartre y del novelista chileno a que se refieren estas notas. Son contemporáneos, y sus obras se han realizado paralelamente. Las fechas de publicación de los principales libros de Sartre así lo prueba: *La Nausée* (París, Gallimard), 1938, *Le Mur* (París, Gallimard), 1939, *L'Être et le Néant* (París, Gallimard), 1943, y *L'Existencialisme est un Humanisme* (París, Nagel), 1946. La gran polémica sobre el existencialismo, como doctrina de la conducta humana, se desencadenó en Francia después de la publicación de ese libro, y en concreto en 1948.

Queda como probable que antes de escribir Noche, González conociera las dos primeras obras de Sartre que se citan, pero a nuestro modo de entender las cosas, lo que González ha recogido allí no es tanto el eco de una escuela filosófica europea como la impresión directa de ciertas psicologías desviadas hacia el pesimismo y la desorientación, que suelen darse con relativa frecuencia en las sociedades hispanoamericanas. Y para enterarse sobre ellas y glosar su comportamiento, encarnándolo en personajes de novelas, no se necesitaba leer a Sartre sino observar lisa y llanamente el ambiente psicológico en que discurre la vida chilena.

